EL PASAPORTE DE JOSEP PLA

Van pasando las generaciones de lectores y Josep Pla sigue persuadiéndoles, de punta a punta de España. Es un caso muy especial, entre la generación del 98 y los grandes del siglo XX, tan provechosos si se trata de resistirse al siglo XXI. Pla posee la virtud tan denigrada del saber hacerse leer y que consiste en saltarse la clasificación del *high*, *middle* o *lowbrow* precisamente por pertenecer a un momento y a una aspiración europea, tanto como por negarse a ser reflejo de una época. Dice Pla: «No soy un producto de mi tiempo: soy un producto contra mi tiempo». Nunca está de más saber que —como sostuvo cierto teólogo— quien quiera casarse con el espíritu de la época muy pronto se quedará viudo.

Para Josep Pla escribir es un sentido de lealtad a la vida. Dijo que la gracia de la literatura es la verdad y que, al escribir, la malicia es un factor activo. La experiencia de la memoria le importa más que la ficción. Frente a la metáfora, busca el lenguaje de las cosas, lograr la hegemonía del realismo sintético, la apología del detalle y la madurez cromática. Es la literatura entendida como una formalidad de supervivencia contra la naturaleza por contraste con las volutas frágiles del artificio, aunque nada pueda retrasar la empresa aniquiladora del tiempo. El estilo que propugna la pretensión clásica de no querer ser estilo se pudo preservar incluso en los años treinta del siglo XX.

Pla es un escritor de poca infancia quizás por oponerse al embuste del niño como buen salvaje. Pla es antirromántico. Pertenece a la legión de los contrarios a Rousseau. No creía

que —como suele decirse— la materia sustancial de un escritor quede asentada desde antes de los quince años. No le marcaron ni las ilusiones perdidas ni una educación sentimental. Por lo mismo, al hablar de cómo los hombres se enfrentan, Maquiavelo le daba constancia de que la política es un correlato de la naturaleza humana, imperfecta y territorial. Afortunadamente, ese sentido de la realidad privó a Pla de sumarse a una visión crepuscular del mundo. Descreyó siempre de las pasiones colectivas.

Atenta al paso de una joven italiana, al tacto húmedo de la Gerona de su infancia o a la delicadeza de un vino blanco del Rin, la literatura de Pla avala la afirmación de Pascal: cuando uno se encuentra con un estilo natural, se queda asombrado y encantado, porque esperaba hallarse con un autor y encuentra a un hombre. Para Pla la naturaleza es el caos y la cultura es el orden. A la larga, la hiedra puede destruir la casa cuya construcción en el tiempo costó tanto esfuerzo humano. Eso imposibilita el progreso definitivo, lineal y para siempre duradero. La literatura no tiene por qué ser una finalidad en sí misma sino un método para esclarecer y ordenar el pensamiento. De creer a Pla, la memoria puede suplantar al arte pero el arte no sobrevive sin la memoria.

Parte de un axioma central: sin propiedad no hay libertad, de modo que cualquier colectivismo es perjudicial para el propósito de una vida libre razonable y mesurada, es decir, conocedora de sus límites. En un estado más elemental, conviene tener en cuenta que, más que otra cosa y en el mejor de los casos, las ideas políticas sistematizan intereses. El gozne que hace posible sobrellevarlo es que las formas de una sociedad tengan continuidad en el tiempo.

En 1998 publiqué el ensayo *L'home de l'abric*, premio Josep Pla. Unos veinticinco años después, que sea reeditado

por Athenaica me hace pensar que no siempre se escribe en vano. Mi *Diccionari Pla de literatura* se publicó en 2000 y la versión en castellano tuvo posterior reedición en Austral. Sigo acudiendo a las páginas de Pla en los momentos más insospechados de la vida, como una forma contrastada de aprender a escribir y observar. Por eso no soy especialista en nada ni tengo ningún apetito filológico. Solo soy uno de esos sujetos que escriben.

De joven, Pla comprendió que en la obra de arte siempre se combinan la libertad y la fórmula, la voluntad y la ley. Decía que la libertad no puede eliminarse, como de forma salvaje no se puede prescindir de las aportaciones del pasado. La libertad no es un corrosivo; puede ser la gracia. Es un principio: libertad ligada con continuidad. Entre la coacción formal deliberada y el horizonte sin fronteras, Pla escribía para extraer del grueso de la vida la línea grácil o dramática de una melodía, el perfil de una vida humana, una forma. O sea: contribuir a la lucha entre la cultura y la naturaleza, tan mal entendida hoy porque la capacidad destructora de la naturaleza es incalculable. Los hombres construyen y la naturaleza destruye: se reafirma como supremacía el instinto de conservación. El escritor busca imponerse al mundo por la prosa y, cuando la Historia destruye, se adapta al paisaje como patria.

Llega a París como corresponsal cuando acaba de concluir la Gran Guerra y se está redactando el Tratado de Versalles, origen cierto —con espoleta retardada— de la Segunda Guerra Mundial. De su consideración de la Asamblea de Naciones recuerda sobre todo los entrecots de los restaurantes de Ginebra. Descubre la vieja Europa que en unas décadas va a ser un montón de ruinas. La tragedia europea consistió entonces en quedarse solo en el andén y ver cómo las masas

habían ocupado todos los vagones del tren de las ideologías. Al llegar al Berlín de la República de Weimar el impacto de la hiperinflación le hace comprender —como también decía Canetti— que, si cae el precio de la moneda, se pierde el sentido del valor de la vida humana, porque la moneda, en definitiva, es la moral. Con la inflación, el hombre «disminuye». Cuenta que las criaturas se suicidaban como quien se come un melocotón.

Con la llegada de la Segunda República en los años treinta, la ruptura institucional hace que Pla pase de la confianza a la incertidumbre sobre la estabilidad política de aquella España. Con la guerra civil y el fratricidio, algo se resquebrajó en su conciencia. A partir de entonces fue un punto más amargo, más escéptico. Incluso el bucolismo puede ser cruel. El escritor viajero se refugia en su mundo local, en la casa solariega y escribe de madrugada. El corresponsal cosmopolita posa como pequeño propietario rural. Escribe que, al fin y al cabo, frustración es igual a civilización. Años después vuelve a viajar, para la revista *Destino*, donde cada semana publicó su artículo.

No solo por la maldición del periodismo, no quiso o no pudo abstenerse de la pasión política, formalizándola como conservador, singularmente por su proximidad a Francesc Cambó. Vencedor y vencido en la guerra civil española, de nuevo en el *mas* Pla, reencuentra el esquema de unas obras completas, con una ambición reactivada. Su mundo se había hundido, comenzaba la reconstrucción de una literatura. Se trataba de otra cosa y a eso se dedicó Pla. Le leyeron de nuevo. Naturalidad, desparpajo, lucidez: prosa, inteligencia, realidad. Voluntad de estilo que consiste en hacer como que se disimula. Puesto que el racionalismo es simétrico, deslumbrante e irrealizable, es necesaria más inteligencia y

esfuerzo para entender el empirismo real y concreto, la única solución. Sin una sedimentación previa de formas civilizadoras, a la literatura —como también dijo Henry James— le falla el humus imprescindible para arraigar.

Casi desde sus primeros escritos de adolescente frenético, Pla tiene una prosa de nervio y tersura sensualmente articulada, sin flacidez ni hipertrofia, en la que cada frase está al acecho, en estado de alerta frente a las inercias del arte por el arte. Ser inteligible no es una ambición cualquiera cuando uno se despierta entre los escombros de las vanguardias. Como decía Evelyn Waugh, las palabras tienen significados básicos inalienables y olvidarlos te lleva a la metáfora intencionada o a la vulgaridad inexcusable. A veces, como ocurre con Pla, el esfuerzo de estilo se confirma mejor por sus frutos accidentales. En dirección opuesta, el error consiste —como dijo Lichtenberg— en que mucha gente inteligente, cuando escribe libros, impone en sus mentes una cierta noción del estilo, del mismo modo que tuercen sus rostros cuando posan para un retratista. La prosa de Pla fluye con un ritmo que se precipita levemente, toma impulso y, sin pompa ilusoria, persuade al lector más reacio, como esos extraños que en un vagón de tren te convencen cuando cuentan una anécdota, sin que sepas quiénes son. Le sugiere al lector que también hubiese podido formular aquel momento con la misma facilidad, como si para penetrar en la plenitud de una prosa fuese suficiente con una complicidad casual. Eso tiene un mérito extracurricular si se trata de una lengua que, como la catalana, se ha explayado más en el poema que en la prosa.

Pla domina el *raccourci*, el sistema de adjetivación, el zigzag eléctrico y la prontitud nerviosa del escritor de raza. El lector puede mecerse en esa calidad de estilo que llega a ser

tono de voz. Pla es un empirista veteado por una noción de fracaso de la que solo consigue uno salirse gracias a la literatura. Es un maestro del sentido del ridículo. El discurso de la razón posible es la prosa como una forma paralela del sentido común. Pla escucha a los *causers* humoristas y ególatras de su pequeña ciudad o en Barcelona, porque si admiraba la prosa francesa del siglo XVIII era por ser una literatura de conversaciones. El Pla lector de Simenon es el más novelista, frente al Pla memorialista. Su dialéctica entre el hecho de describir y la acción de narrar idea en algún momento un sistema *à la Balzac*, pero a la hora de poblarlo de gente no inventa seres humanos sino que se proyecta en la ficción, como Stendhal. Triunfa el memorialismo sobre la imaginación, el retrato sobre la peripecia, la escena sobre la trama. Esas son las exactitudes de una literatura de la observación en la que el espejo puede rehacer la realidad, incluso reimaginarla, pero no la sustituye por una equivalencia simbólica.

Al leer —por ejemplo— *El cuaderno gris*, los lectores de Pla —conspicuamente ajenos a la teoría de la literatura— pueden recurrir a un símil muy grato. Según las orientaciones de Lampedusa, recorran los caminos polvorientos hacia la Donnafugata siciliana —entonces era reino de Nápoles— y vean al príncipe de Salina haciendo porciones del timbal de macarrones, con su crosta de oro bruñido, fragancia de azúcar y canela, los higadillos, huevos duros, trufa, masa untuosa de la inmarcesible pasta italiana que Pla adoraba. Cada libro de Pla es un timbal de Donnafugata, aromático, un mediterráneo con persianas verdes.

Inevitablemente, la gastronomía de Pla es asistemática porque al conocer los buenos restaurantes de la vieja Europa, su paladar ya guarda memoria del buen comer familiar, la cocina antitrascendental. Seamos leales a algo por una vez

en la vida. Que los guisantes sigan siendo guisantes. Al regresar de un largo viaje, al ver, oler y saborear una simple sopa de pescado, el Pla cínico vuelve a ser irremediablemente el Pla sentimental y se pone a llorar. Es la cocina como memoria, sentido del tiempo, lealtad y afecto por las cosas terrenales. Cuando la España de posguerra salía de un periodo de carestía y de racionamiento, su buen amigo el historiador Vicens Vives le sugiere que escriba un libro para enseñar a la gente a comer. De ahí el volumen *Lo que hemos comido*. Por lo que sé, Pla tenía un buen paladar, un paladar fino, pero nunca fue un *gourmand*. Bebió con sed insaciable de adolescencia y luego por hábitos de vejez. Como pequeño propietario rural, en la declaración de Abastos, anotaba en la casilla de «estado»: «Ligeramente alcohólico». Después de los aperitivos y los estragos del coñac mal destilado, su vida de bebedor culmina elocuentemente con el consumo de whisky escocés.

Pronto supo que una fuerza oscura nos hace marchar de casa, viajar, abandonar la vida de familia, sin otra justificación que uno u otro día regresar, tumbarse un rato entre los árboles y ver volar una urraca.

Más allá de la ciudad perdida y de la ciudad soñada, lo que cuenta es estar en casa. Lo escribe al regresar de uno de sus viajes: «Y, ahora, ¡ya volvemos a estar en casa, gracias a Dios! ¡Dedicarse, en el mundo de hoy y el de siempre, a hacer de hijo pródigo, nunca! ¡Volver a casa, siempre! Volver a casa, tanto si llueve y los árboles crecen como si se entabla el mistral, que hace tanto daño, como si entramos en las sequías misérrimas. La tierra que pisamos nos da una cierta idea de lo que es la vida. Todo es inseguro, todo es incierto. No tenemos más remedio que aceptar la tierra donde hemos nacido, por amarga, paupérrima o buena que sea. No tenemos otro

remedio». También a inicios del siglo XXI todo es inseguro, todo es incierto. Aun así, la literatura perdura como vínculo. Eso es Pla, un vínculo. Piensa que sumar Voltaire a Chateaubriand sería la gran fórmula. Lee una vez más a los moralistas franceses del siglo XVII. Y también las cartas de Madame de Sévigné, pero a pesar de todo dice que la literatura inglesa es la única confortable. Habla del «romanticismo frenético» del diario de Kafka porque solo escribe sobre sí mismo. Permanecen los días color de absenta, los vinos del Rin, el ruiseñor entre las ramas, el viento que trae el olor de las primeras violetas.

Para Pla la aventura biológica puede ser irrisoria, algo atávico, destinado a la imperfección insuperable. Como un fermento formado primero en el agua y luego sobre la superficie del planeta, la vida prosigue siendo para Pla tan elemental e incluso rudimentaria como la pasión carnal o la configuración crustácea de una langosta. La literatura se supera a sí misma como una conversación o una larga carta sobre lo vivido. De ahí, aunque en oposición contradictoria, la función trágica de la memoria frente a lo que llama «la usura del tiempo». Escribir desdobla su personalidad: de una parte, un ser débil y mísero; de otra, alguien que con una pluma en la mano se convierte en «dionisíaco y ofensivo», entra «en un estado de exaltación silenciosa» siendo capaz de «mantener una posición hasta sus últimas consecuencias».

A los dieciséis o diecisiete años, Josep Pla pasa largos meses en Palafrugell, a causa de la gran epidemia de gripe de 1918 que, procedente de Kansas, dejó cincuenta millones de muertos. Pasea, se acerca al faro de Sant Sebastià. Discurriría luego que fue la presencia tan contigua de la muerte por la gripe lo que le hizo percibir la maravilla del paisaje. Acababa de descubrir el mundo exterior. Regresó con un lápiz y un

cuaderno. Puso sus adjetivos a las cosas, a la luz, las arboledas, el mar. «Nunca me enamoraré de ninguna diosa, ni de melodía alguna, tanto como me enamoré de aquellas cosas», escribe. En sus últimos escritos, la escena es idéntica. Se despierta de madrugada, fascinado por la nocturnidad, silencio total y misantrópico. Luego ladra un perro. De nuevo, la tierra incógnita. Desorden absurdo de las primeras luces. Pla se pone a escribir. Deber y gozo del principio de inteligibilidad precisamente porque nunca entendemos bien el mundo.

VP
Diciembre de 2023

Los libros sin conocimiento de la vida son inútiles, porque ¿qué deberían enseñar los libros sino el arte de vivir?

Doctor Johnson

NOTA DEL AUTOR

En las citas textuales de la obra de Pla se ha procurado utilizar la versión castellana, siempre que exista traducción. En caso contrario, se cita el volumen y página correspondientes a la *Obra Completa* en catalán.

ABREVIATURAS USADAS EN LAS OBRAS TRADUCIDAS

Cartas de Italia . . . . . *CI*
El cuaderno gris . . . . . *CG*
El payés y su mundo . . . . . *PM*
Notas sobre París . . . . . *NP*
Grandes tipos . . . . . *GT*
La calle Estrecha . . . . . *CE*
La vida amarga. . . . . *VA*
Humor honesto y vago . . . . . *HHV*
Santiago Rusiñol y su época . . . . . *SR*
Cartas de lejos . . . . . *CL*